

Gregorio Ulloa Mota: Un ser humano excepcional, autodidacta y particular amigo

(Gregorio Ulloa Mota: an exceptional human being, selfmade and particular friend)

Alberto Fernández Badillo

Universidad Central de Venezuela. Facultad de Agronomía. Caracas, Venezuela.

Gregorio nació en Maracay un 18 de marzo de 1928 y por referencia de él conocí que tuvo una infancia muy dura ya que su papá, Felipe Ulloa, a quien simplemente se refería como "papaíto" y a su mamá Clara, a quien llamaba "Mota" eran personas muy humildes y estrictas en la educación de sus hijos que debían trabajar muy duro para mantener una familia grande entre hijos y otros parientes que vivían bajo su mismo techo. Su papá siempre trabajó en la adquisición de cerdos, su sacrificio y venta de su carne y subproductos como chicharrón, manteca, entre otras, en un puesto en el mercado libre y luego en el mercado principal y en las varias casas donde vivieron en Maracay. A los 7 años vivió los acontecimientos de la ciudad por el fallecimiento y el sepelio del Presidente General Juan Vicente Gómez. Decía siempre recordar aquel caballo que acompañaba el féretro llevando objetos que parecían de oro. Al paso del cortejo corría hasta donde lo dejaban acercarse y esos momentos nunca los olvido.

Durante la infancia de Gregorio ocuparon varias casas en Maracay que Gregorio recuerda hasta en insólitos detalles como la distribución de sus habitaciones, tipo de construcción, adornos y vecinos. Las llamaba por el nombre de su ubicación o por el del dueño de la casa y así se refería a la casa del callejón Las Palmas, la de la esquina de El Cañón, de la esquina de la Guarandinga y quien no conocía esos lugares no tenía ni idea qué lugar de la ciudad estaba recordando. Lo que más llamaba la atención de estos relatos era como Gregorio, en ocasiones con menos de 14 años de edad, aceptaba los castigos de sus padres, en especial del papá, porque pensaba que si lo hacían era porque la falta cometida así lo justificaba. Esto lo formó como un hombre muy correcto, honesto y en especial alegre y soñador que disfrutaba compartir alimentos u otras cosas con personas vecinas más necesitadas que ellos.

Por lo que cuenta Gregorio él y sus hermanos mayores debían colaborar en todos los trabajos de la casa y nunca podían salir sin informarles hacia donde se dirigían. Por faltar a esta obligación también fue objeto de castigos en varias oportunidades y comprendió que era por su bien. La mayoría de las veces estas escapadas de Gregorio con sus amigos era para ir de pesca en las quebradas cercanas a su casa o al lago de Valencia. En estas actividades aprendió mucho sobre la identificación de las especies de peces y su comportamiento. Ya desde estos momentos y con apenas unos quince años, se acostumbró a anotar todo lo que consideraba de interés, cuestión que heredó de su padre que hacía algo similar con sus negocios.

Otra actividad que adquirió Gregorio desde muy joven fue la lectura de los pocos libros que conseguía, en especial de historia y poesías. Su papá siempre tenía varios libros y siempre cargaba una biblia pero a él no le agradaba mucho su contenido. Viendo que las mujeres de la familia eran las que rezaban los rosarios en los velorios y a veces dedicadas a las llamadas ánimas del purgatorio o para alejar espantos y espíritus que molestaban durante la noche en algún lugar, siempre consideró que la religión era cuestión de mujeres. Quizás por ello, ya adulto, afirmaba que era ateo, pero en sus conversaciones se podía descubrir que era más una postura que una verdad que a veces olvidaba. Como terquedad y para afianzar su postura de ateo, falso a mí entender. Para darles la bendición a sus hijos y nietos no respondía "Dios lo bendiga" sino "yo lo bendigo" y para nombrar a la común ave llamada "crisofu" le decía "fulano fue". Desde niño le quedó grabado que era muy común rezar para que no salieran los muertos que les daban nombre como el descabezado, la sayona o la llorona. Ello determinó que Gregorio tuviera desde niño mucho temor y respeto hacia los muertos y cada vez que fallecía algún pariente o amigo quedaba tan impactado que al relatar el hecho explicaba los eventos con mucho detalle. Sus temores por estos hechos abundaban siempre en sus cuentos.

Otra afición que Gregorio asumió sin éxito fue ser torero. Tenía un grupo de amigos que asistía con frecuencia a practicar con una carretilla que llevaba unos cachos en su extremo pasando sus

E-mail: alfernan5@gmail.com

Recibido en versión modificada: 01 - 11 - 2012

Aceptado: 30 - 11 - 2012

On-line: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/talleres/index>
<http://talleresulajwt.blogspot.com>

a los encargados de colocar trampas para buscar hospederos y muestras de sangre. Uno de sus objetivos que siempre puso en práctica fue tomar nota hasta de lo más mínimo que podía tener importancia en el futuro y así siempre llevaba consigo una libreta o cuaderno donde prácticamente anotaba todo lo relacionado con sus labores, tanto en la oficina, en el laboratorio o en el campo. Por su desempeño a Gregorio le fue asignado un vehículo para que se encargara del proyecto del estudio de pequeños roedores como reservorios del Mal de Chagas, para lo cual utilizaba trampas que el mismo mandó a hacer a semejanza de los modelos "Sherman" estadounidenses y establecer localidades de estudio en haciendas en Ocumare de la Costa, estado Aragua; en San Esteban cerca de Puerto Cabello, estado Carabobo y en el llano, cerca de Ortíz, estado Guárico. En cada localidad se colocaban trampas y se rotaban dejando una semana de descanso por mes. Además de la información tomada de cada animal capturado se hacían observaciones adicionales como temperatura ambiental, huellas en el terreno, observaciones de depredadores, composición de la vegetación, entre otras.

La pasión por los pájaros unió a mi papá con Gregorio y ahora salíamos con frecuencia a capturar chirulíes, bengalíes y picos de plata en los campos experimentales del Centro de Investigaciones Agronómicas situado al lado de la Facultad de Agronomía en el valle del río Güey, cerca de nuestra casa. Para capturar estas aves mi papá y Gregorio usaban muchos métodos y estrategias que eran de mi admiración. Las frecuentes salidas a este campo para capturar pajarritos se alternaron luego con visitas nocturnas para cazar algún venado. Esta actividad nos permitió a los más jóvenes aprender sobre los ejemplares de la fauna que frecuentemente nos encontrábamos. Mi padre y Gregorio eran los maestros y nos hacían relatos de sus experiencias en otros lugares del país.

Gregorio trabaja bajo la dirección del Dr. Arnoldo Gabaldón y por ello tiene muchos conocimientos sobre Mal de Chagas y Malaria. Su capacidad de narrar las cosas que se hacen en la División atrae nuestro interés, ya que Gregorio muestra una gran capacidad de ofrecer detalles a los temas que aborda en sus conversaciones. Es además una persona muy interesada por aprender y le propone a mi papá realizar el curso de zoología que dicta todos los años en la Facultad de Agronomía de la Universidad Central de Venezuela. Mi papá lo acepta con dos condiciones, una que presente todos los exámenes al igual que sus estudiantes y dos, que por razones académicas lamentablemente no puede darle un certificado oficial de aprobación del curso, pero le entregará

una constancia personal. Gregorio acepta y termina el curso con excelentes calificaciones. Allí conocí otra característica de Gregorio, al verlo concentrado, estudiando y revisando todo tipo de libros, preguntando aquí y allá y con una gran capacidad de memoria para entender las distintas relaciones de las especies del reino animal. Se sentía muy feliz y no se cansaba de repetir como un niño que al fin había logrado entender muchas cosas que no le habían dicho en su trabajo en Malariología.

En el año de 1965 Gregorio se incorporó con nosotros en las frecuentes visitas a otra localidad que sería de visitas frecuentes, la Hacienda Mozanga, cerca de Guacara, donde vive mi tío Antonio González Oria y su familia. Gregorio nos narró con detalle que de esta población vinieron sus padres a Maracay antes de él nacer y que con frecuencia era objeto de visitas a varios familiares que aún vivían aquí. Su forma de hablar sobre sus familiares, muchos de los cuales ya habían fallecido descubría sus sentimientos de agradecimiento hacia muchos de ellos y el amor que pocas veces manifestaba sobre algunos en particular. Recorrer estos parajes naturales con Gregorio era toda una clase al aire libre por sus conocimientos sobre las aves que observamos y su extraordinaria capacidad de identificar especies con sólo oír su canto. Por esos días a mi papá parece que le volvió la afición de cazar y junto a nuestro vecino, Luis León comienzan a ir a esta hacienda una o dos veces por mes a cazar y por lo cerca salíamos de Maracay al atardecer y ya a las 9 o 10 de la noche regresamos a casa con varios conejos y algún venado. Con nosotros viene casi siempre Gregorio, pero descubrimos que esta actividad de cacería no le es muy agradable y lo hace más por compartir con sus amigos que por gusto. A pesar de ello disfruta mucho de las observaciones casuales de otros animales que encontramos en los recorridos como lechuzas, aguatacaminos, zorros, entre otros. A veces pasábamos todo el fin de semana en "Mozanga" y montamos campamento en las cercanías de la casona y desde nuestras carpas hacíamos salidas por turnos y nos reunimos a echar cuentos alrededor de una fogata, jornadas que resultaban muy amenas y aprendíamos mucho, en especial de Gregorio que siempre nos deleita con sus relatos sobre su trabajo, sus salidas de campo y a veces con sus experiencias de vida durante su niñez. Gregorio impresiona por los detalles de sus vivencias y quizás porque soy el que más le demuestramos interés, muchas veces estos cuentos me los refiere a mí en forma personal lo que considero un privilegio.

Desde 1966 me incorporo al equipo de trabajo de Gregorio y mi padre para conocer las especies de mamíferos de Venezuela. Comencé a dedicarme

tenía años trabajando en la División de Endemias Rurales de la Dirección de Malariología del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, donde mi papá también tenía amigos comunes como Arnoldo Gabaldón, Juan Gómez Núñez, Arturo Berti, Guido Berti, entre otros. Pronto mi padre, Alberto Fernández Yépez, fue considerado por Gregorio como su mejor amigo y al grupo se fueron incorporando los hijos varones que se involucraron también en estas actividades y salidas al campo. Gregorio, a pesar de no tener estudios sobre zoología, tenía un dominio impresionante sobre los mamíferos, las aves, peces e insectos y manejaba su taxonomía y nombres científicos con una facilidad impresionante y quizás por ello se llevaba tan bien con su amigo Alberto. El valor que estos amigos le daban a la familia los llevó también a visitarse con frecuencia en sus casas, donde sus esposas conversaban y sus hijos jugaban durante horas. Ello también los llevó a compartir fiestas familiares y en especial las reuniones de Navidad y Año Nuevo.

Gregorio se mostraba como una persona cordial, conversadora y a pesar de no tener ningún título universitario sus conocimientos sobre Biología eran la envidia de muchos biólogos, agrónomos, veterinarios, médicos, muchos de ellos incluso doctores universitarios. Era todo un autodidacta y la razón de ello es que desde muy joven Gregorio mostró interés por la lectura y luego se unió al grupo de trabajo sobre las poblaciones de pequeños mamíferos silvestres como reservorios de la enfermedad de Chagas, coordinada por el Dr. Arnoldo Gabaldón, hombre muy exigente con sus empleados y estricto con las actividades que realizaba su personal. Gregorio, quien venía de una familia numerosa con un padre también estricto y de fuerte carácter, no le costó mucho adaptarse a su nuevo jefe, impresionando por su dedicación y capacidad de analizar todo lo que hacía. Preparándose con varios cursos sobre Estadística Básica, Gregorio comenzó a laborar como estadístico en la División de Endemias Rurales en la Dirección de Malariología de Maracay compartiendo con otros empleados y obreros y haciendo amistad con supervisores y otros empleados que formaban parte del ejército encargado de luchar también contra los zancudos transmisores de la malaria, enfermedad que incluso cobrara todavía algunas vidas. Gregorio con frecuencia pedía permiso para acompañar a algunos de estos supervisores viajeros y pudo así hacer muchas amistades y aprender técnicas relacionadas con la colecta y el manejo de crías de insectos, la toma de muestras de los posibles hospederos y conocer pueblos y caseríos de todo el país. También estas actividades le abrieron las puertas para conocer

a los campesinos, sus formas de vida, sus creencias y lo más importante intercambiar interesantes conversaciones sobre distintas formas de ver la vida, los problemas diarios y sufrimientos, entre otros aspectos.

En la "oficina" como Gregorio llamaba a la sede de Malariología, transcurrían los días haciendo cálculos estadísticos y no conforme con los grandes cuadros de números, a veces se tomaba un tiempo para intercambiar ideas con sus compañeros. Como hombre de grandes ideas no faltaban las reuniones con su jefe para proponerle cambios en la forma de hacer las labores y cálculos de índices útiles para tomar decisiones sobre los métodos para combatir la malaria en el país. En sus pocos ratos libres dentro de la oficina, decidió también involucrarse con el "Laboratorio" donde se llevaban los estudios sobre malaria, crías de zancudos, extracciones de sangre de hospederos, inoculaciones a hospederos sanos, elaboración de láminas con extensiones de sangre para estudiar los parásitos bajo el microscopio y conocer con detalle sus interrelaciones con sus hospedadores. De igual forma también aprendió técnicas para estudiar el Mal de Chagas y su transmisor el chipo. A Gregorio le apasionó tanto estas actividades que muchas veces solicitó cambio de la oficina para el laboratorio, pero su trabajo estadístico era objeto de admiración y una y otra vez esta posibilidad le fue negada, cuestión que no disminuyó su insistencia en asistir a ver y colaborar con estos estudios biológicos y buscar establecerse en el laboratorio insistiendo en su transferencia y no ocultando su malestar al no conseguirlo, pero asumiendo que la única forma de lograrlo era demostrando que era capaz de hacer estas tareas en forma satisfactoria. Al pasar los meses y con el corto tiempo dedicado al laboratorio logró éxitos que incluso no habían podido alcanzar ni los profesionales que allí laboraban a diario desde hace años, ni aún su propio jefe. Su gran secreto era su dedicación y nunca darse por vencido y así lograba tareas clasificadas como imposibles, en especial con las inoculaciones de las enfermedades en hospederos sanos usados para réplicas. Su manejo del microscopio era excepcional y sus dibujos de los parásitos observados impresionaron a todos. Al final su esfuerzo dio el éxito esperado y Gregorio fue mudado para trabajar, primero en el laboratorio con los zancudos y chipos y luego en el campo con el estudio de pequeños mamíferos silvestres y el estudio de muestras de sangre para conocer e identificar los parásitos presentes. Ya su dedicación a la estadística quedaba atrás y ahora se comenzaba a formarse como un excelente parasitólogo. Dedicaba mucho tiempo al examen de las láminas con los extendidos de sangre y a veces hasta se quedaba tiempo extra cuando quería ver detalles de interés. Pronto se dio cuenta de lo importante que era conocer las condiciones de campo de donde provenían las muestras y al principio acompañaba ocasionalmente a los supervisores o

casi todos los días, bajo la coordinación de mi padre y Gregorio, a revisar libros, revistas y listas. En esta labor conocí a destacados estudiosos de nuestros mamíferos como el Dr. Juan Gómez Núñez y al Dr. Pablo Anduze, de quienes aprendí gracias a que Gregorio me involucraba en las discusiones sobre el avance del trabajo. Con toda esta información finalmente mi padre y Gregorio logran publicar en 1969 la primera edición de las "Claves para la determinación de Ordenes, Familias y Géneros de Mamíferos de Venezuela" y de "Mamíferos de Venezuela (Lista Parcial, su distribución)". Estas obras fueron durante muchos años de consulta obligatoria para profesionales y estudiantes interesados en nuestros mamíferos.

Después de publicados sus trabajos, Gregorio y mi padre deciden continuar los estudios de la fauna venezolana y los acompaño a muchos lugares de nuestra geografía. Esto resultó una tarea rutinaria y me permitió conocer las cualidades de Gregorio y mi padre como excelentes maestros y conocedores de nuestros animales. En el edificio de Malariología Gregorio me invita a visitar la biblioteca, los laboratorios y hasta una vez me presentó al Jefe de la División. También se hace frecuente visitar la Estación Biológica de Rancho Grande y capturar aves en el Paso Portachuelo tomando siempre notas de los ejemplares y las condiciones ambientales. La necesidad de manejar la taxidermia para preservar los ejemplares nos llevó a tomar un curso intensivo dictado por José Luis Arcay sin salir de la Estación durante tres semanas.

En 1969, como parte del trabajo de Gregorio sobre reservorios de enfermedades, me incorporo a la colocación de cuadrículas de trampas para roedores vivos en varias localidades. El trabajo es fuerte y pone mucho interés en enseñarme. Esta labor se realiza cada semana rotando las localidades. Siempre nos acompaña su ayudante el Sr. Julio González. A veces visitamos campesinos en sus viviendas de bahareque y techos de paja y Gregorio, con su gran capacidad de observación, me enseña a reconocer signos de Mal de Chagas y buscar chipos y otros insectos en las grietas de las paredes y registrando las hojas secas de las palmas llaneras que crecen en los alrededores de sus ranchos.

Gregorio nunca abandonó sus estudios paralelos sobre los zancudos y flebotomos transmisores de enfermedades. Por esa razón visitamos en esas localidades sectores con bosques y colectamos con aspiradores manuales ejemplares de estos insectos para llevarlos al laboratorio. Gregorio no desprecia ninguna oportunidad para enseñarme lo que para él es rutina: las especies de zancudos, criaderos naturales, refugios, comportamiento, entre otras características de la

biología de estos insectos.

En julio de 1969 Gregorio y su familia dejan su casa en la urbanización El Hipódromo y se mudan a la recién inaugurada Urbanización Fundación Mendoza. Era visible su satisfacción por este logro tan deseado. Seguimos visitándolos con la misma frecuencia en esta nueva casa de dos plantas que está al sur de la ciudad. Ahora tiene un patio más grande y por supuesto más espacio para colocar sus jaulas y disfrutar del canto de sus amados pájaros.

En las salidas a diversos lugares del país, cuando Gregorio manejaba dejaba en ocasiones salir muestras de su buen humor y cantaba en especial tangos a los que daba el tono adecuado y casi siempre terminaba contando historias sobre Carlos Gardel. También declamaba poesías con mucha naturalidad y precisión en las rimas, siempre brindando su sonrisa y cara de satisfacción por recordarlas con exactitud.

Una noche de 1969 en un fin de semana de noviembre nos fuimos a dormir con mi papá y Gregorio a la Hacienda Mozanga. El grupo estaba formado por Gregorio y su hijo Ángel Luis y mi papá y sus tres hijos Ernesto, Agustín y yo. Montamos nuestro tradicional campamento armando las dos carpas cerca de un galpón y durante la noche nos turnábamos para hacer salidas a pie, con escopeta y linterna, para buscar algún venado. A pesar de que venimos con mucha frecuencia, realmente a Gregorio no le gusta cazar animales y nunca lo he visto disparar la escopeta a menos que sea para cazar palomas, guacharacas o perdices. Pasada la medianoche decide dar una vuelta completamente solo, toma la escopeta y se pierde en el bosque. Poco tiempo después oímos un disparo y al rato regresa Gregorio y nos dice: "Acabo de matar un venado" y su cara no era precisamente de alegría. Lo acompañamos todos al supuesto lugar del disparo y efectivamente allí encontramos un pequeño venado macho muerto y lo cargamos al campamento. Gregorio viendo una supuesta expresión de dolor en la mirada del animal muerto, señaló que se sentía miserable y prometió que nunca más cazaría ningún animal y lo ha cumplido hasta hoy.

Estando con Gregorio y su ayudante el Sr. Julio González en las labores en el Hato El Banco cerca de Ortíz, tuvimos la oportunidad de ver en la carretera varios camiones cargados de gruesos troncos de madera de grandes árboles recién cortados. Venían de algún lugar lejano situado hacia el sur de donde estábamos trabajando. Gregorio visiblemente conmovido me impresionó con una clase de conservación de la naturaleza, una de sus pasiones. Su capacidad de observación era admirable y sólo leyendo sus notas de campo, cuestión que permitía sólo si pensaba que había interés por aprender, los que trabajaban a su lado podían recopilar información con mucha mayor eficiencia y descubrir tantos secretos que esconde la naturaleza en relación a las especies de hospederos, insectos transmisores, refugios, caracte-

rísticas morfológicas de los ejemplares y muchos otros aspectos que no eran objetivos obligados en sus labores rutinarias. Gregorio evidentemente hacía mucho más de lo que establecían sus obligaciones, observaba aspectos que luego resultaban complementarios a los estudios y en especial enseñaba lo aprendido con dedicación y muchas veces se desilusionaba por encontrar compañeros que no mostraban interés por aprender más.

En 1970 fallece tempranamente por un problema cardíaco su gran amigo el Dr. Alberto Fernández Yépez. Fue un duro golpe para Gregorio que no paraba de lamentar el porqué de estas injusticias de Dios. Al no ser un ferviente creyente no podía encontrar consuelo divino y su tristeza se prolongó por meses y fue muy difícil superarlo. Pero Gregorio no se alejó de la familia Fernández y prácticamente y a pesar de contar con unos 20 años menos, me adoptó y todas sus labores y salidas continuaron ahora con mi compañía. El "Maestro" Gregorio cambió mi vida para siempre y comencé a llamarlo "El amigo heredado de mi padre" y al tiempo fue también mi gran compañero. Ahora lo acompañaba a la oficina, al laboratorio o al campo y compartía tareas para tomar muestras y revisarlas para identificarlas.

Años después su jefe el Dr. Gabaldón enfoca sus esfuerzos hacia el estudio de la malaria aviar. Gregorio es instalado en un nuevo laboratorio, muy bien equipado, en la sede de Malariología en la Avenida Las Delicias y por supuesto me incorporo, aunque ya con menor tiempo por mis estudios universitarios, en todo lo relacionado con este nuevo proyecto. La labor de Gregorio en este laboratorio es insuperable e inicia una gran colección de láminas con parásitos encontrados en aves de corral de los campesinos que visita cada semana en diversas regiones del país, así como en aves silvestres que captura con mallas de neblina en ambientes naturales. El trabajo es titánico, cada muestra debe ser tomada con una técnica precisa, extendida en láminas, revisadas bajo el microscopio, marcadas para encontrarlas fácilmente en alguna futura revisión y en ocasiones si es posible las aves encontradas positivas sirven para tratar de reproducir el parásito en polluelos de aves domésticas, especialmente pollitos, patos o pavitos, para conocer y estudiar su capacidad de dispersión. A los pocos años la colección de láminas positivas llega a miles, cada una con notas complementarias de sumo interés. A Gregorio le asignan un ayudante de laboratorio pero casi nadie logra llevar el ritmo de trabajo y son cambiados con frecuencia. Gregorio colabora y hace amistad con los reconocidos parasitólogos José Vicente Scorza y José Witremundo Torre-alba, éste último nos recibe muchas veces en su laboratorio en la Universidad de Carabobo en Valencia y nos acompaña con frecuencia a sali-

das de campo a San Esteban para hacer estudios de la leishmaniasis en los lugareños.

El nuevo proyecto de malaria aviar dio sus frutos y algunos resultados fueron publicados en revistas científicas apareciendo Gregorio como coautor junto a Arnoldo Gabaldón, quien sabía que estos éxitos se debían a la extraordinaria dedicación de su trabajo en el laboratorio. No sólo me obsequió copias de dichos trabajos e informes, sino que como era habitual en él, me explicó cómo se habían logrado los resultados y cuál era su importancia. El Dr. Gabaldón decide llevarse a Gregorio a un largo viaje que tocaría Panamá, EE-UU. y Canadá, en diversas localidades donde existían laboratorios que estudiaban la malaria y con la intención de que aprendiera nuevas técnicas, pero resultó lo contrario y fue Gregorio quien terminó enseñando sus técnicas para el estudio de la malaria aviar. Este viaje y los contactos con malariólogos internacionales no cambio su postura humilde ante el trabajo y fue hasta objeto de muchos momentos graciosos que vivió durante estas semanas en esos países extranjeros.

De igual forma Gregorio se incorpora al estudio de la fauna del Parque Nacional Henri Pittier presentando ponencias en congresos y reuniones científicas y publicando algunos trabajos sobre sus mamíferos y sus aves, formando parte de los proyectos permanentes de estudio de las aves migratorias que pasan por el Paso Portachuelo. Es electo para ocupar la Presidencia de la Sociedad Científica Amigos del Parque Nacional Henri Pittier, donde realiza una loable labor.

Durante los años ochenta y preocupado por la falta de conocimiento de cada persona que ingresaba a la División para trabajar con la captura y toma de muestras de aves y de pequeños mamíferos, se dedicó a elaborar, como proyectos, ciertas normas de procedimientos entre ellas "¿Cómo limpiar las láminas portaobjetos para recibir muestras de sangre?", "Técnicas de marcaje de pequeños roedores cortando los dedos para el estudio de poblaciones", "Extracción de sangre de los pequeños roedores", "Fijación de la morfología de los glóbulos rojos y de los parásitos presentes", entre muchos otros procedimientos de interés en estos trabajos.

A Gregorio le llega el momento de su jubilación y la hacen efectiva afectando sus intereses lo cual lo decepciona al extremo. Su carácter no le permite hacer reclamos con fuerza y al final debió conformarse con las condiciones establecidas. No regresó a la División por un tiempo e incluso no asistió a actos donde, entre otros sería objeto de reconocimiento por sus años de servicio. Cuando a Gregorio le nace una idea prácticamente no descansa hasta verla lograda. Así por

ejemplo, en 1986 visita la oficina del Dr. Gabaldón en Caracas, cuestión que era muy frecuente para intercambiar ideas sobre los avances del trabajo sobre malaria aviar que llevaban juntos hace años en Maracay. Esta vez la espera se prolongó mucho y Gregorio aburrido en la oficina aprovecha el tiempo para ojear los libros de la biblioteca y le llama la atención el pequeño libro "La Isla de Robinson" cuya autoría de Arturo Usler Pietri en 1981 recordaba haber leído hace unos años atrás. Se interesó mucho en la historia que refería Usler Pietri sobre Don Simón Rodríguez conocido con el apodo de Robinson y quien fuera maestro de El Libertador Simón Bolívar. Tanto despertó su interés que le pidió al Dr. Gabaldón le prestara el libro para terminar de leerlo en su casa.

El interés de Gregorio por Don Simón fue creciendo a tal punto que, como también era parte de su forma de ser, comenzó a tomar notas y a buscar como una obsesión frases y pensamientos del maestro en diversos libros de historia de Venezuela. Sin darse cuenta acumula cientos de líneas sobre el pensamiento del personaje que cada vez es objeto de mayor veneración y admiración por Gregorio y se le ocurre ordenar tantas ideas en orden alfabético elaborando, casi sin darse cuenta, un excelente diccionario de la obra de Don Simón. Mucho hablamos sobre cómo podría publicar esta larga recopilación y que pudiera llegar hasta el último estudiante de la escuela más apartada del territorio del país. Se metió en su cabeza que los pensamientos de Simón Rodríguez habían sido olvidados y que aún en estos días eran perfectamente vigentes y había que divulgarlos. Pero su interés era una cosa y la posibilidad de publicarlo era otra muy diferente. Seleccionó algunos amigos para escuchar su opinión de la obra y buscó apoyo para financiar su publicación. Con su carácter insistente de siempre su condición era que la distribución del libro fuera gratuita y llegara a cada escuela del país. Como era de esperar sólo encontró puertas cerradas y su desilusión casi lo lleva a olvidarse de la idea.

En el año 1995 dio por terminado el libro, un original escrito por él mismo con una vieja máquina de escribir y tres copias con papel carbón. Fue un esfuerzo muy grande pero aún terminadas las correcciones no creía posible que alguien se interesara en su publicación. Con pesimismo decía que a veces hasta dudaba de que esas líneas fuesen útiles y yo insistía una y otra vez en convencerlo que así sería y que las ideas de Don Simón estaban hoy día todavía vigentes. El borrador también fue leído por su amigo malariólogo el Dr. Lacerio Guerrero, por otro amigo y colega el Dr. José Vicente Scorza, por su jefe el Dr. Arnoldo Gabaldón, quien lo

llevó también al escritor Arturo Usler Pietri para conocer su opinión. Todos lo alabaron y recomendaron su publicación pero igual no contaba con el apoyo logístico y económico para tal misión. Comenzó a llamar a su obra el "Quijote" y cada vez se mostraba más desilusionado por la falta de apoyo. Fue ya en el año 2003 cuando se me ocurrió proponer que fuera publicado a través de alguna institución gubernamental ya que Don Simón Rodríguez era considerado como una figura digna de honrar y divulgar. Conversé con Richar Visbal, mi amigo y estudiante durante varios años y ahora profesional que laboraba en la Fundación Ciara, una fundación para la capacitación e innovación para apoyar la revolución agraria. Le gustó mucho la idea y la presentó a los directivos de la fundación y apareció el apoyo tan buscado. Les gustó la obra y estaban dispuestos a financiar su impresión. El nombre original "Simón Rodríguez: Un hombre y sus sueños" fue cambiado con el visto bueno de Gregorio por "DICCIONARIO ROBINSONIANO, Simón Rodríguez: Un hombre y sus sueños. La portada se la encargamos a Ángel Luis Ulloa Quintero, pintor reconocido e hijo de Gregorio, quien hizo un excelente trabajo. En diciembre de 2007 un tiraje de los primeros 2.000 ejemplares ya estaba listo y me los llevan a mi casa. Con una excusa invitamos a Gregorio y el 29 de ese mes pudo tenerlo y al fin ver su trabajo terminado. No pudo ocultar su emoción, le temblaban las manos y en su cara reflejaba que le parecía imposible que allí estaban los ejemplares de su anhelada obra.

Me dijo con lágrimas en sus ojos: Por eso te escribí ese agradecimiento el cual dice "Al Dr. Alberto Fernández Badillo, amigo desde siempre, conoce al niño antes de nacer, padre putativo, si se quiere" dando muestra de sus sentimientos y buen sentido del humor. Entre otro de los agradecimientos que escribió con mucha emoción, al leérmelo hace meses lloró sin ninguna pena y da fe de su inmenso amor familiar al escribirle a su nieto: "A Sebastián Flores Ulloa, mi nieto, quien a la edad de 8 años y observar que todos los días me sentaba con un rimero de papeles, preguntó lo que hacía y al responderle, aquí hijo, trabajando con nuestro quijote, pero no encuentro como publicar nada: su respuesta fue: no se preocupe abuelo, siga escribiendo que cuando yo sea grande le publicaré todo lo que usted haya escrito. Gracias hijo, tu harás que Don Simón, a pesar de sus casi dos siglos que hayamos postergado sus ideas, ellas, como las buenas simientes ¡Renacerán! Las Américas, todas, serán Rodríguez, será él, El Libertador de tres continentes, creando así, las bases para que lo único que nos separe sea el idioma, entonces ya no me burlaré de mí mismo en mis noches de insomnio... Gracias Sebastián. Igual emoción mostró al ver y saber que la portada había sido hecha por su hijo Ángel Luis.

El 13 de marzo de 2008 se bautiza el libro en Maracay con una nutrida asistencia de amigos y familiares. Gregorio se veía muy feliz y firmó

algunos ejemplares que le solicitaron algunos asistentes. Meses después Gregorio comenzó a mostrar síntomas de Alzheimer, por lo que la

teoría de que esta enfermedad les ocurre a personas que no están activas mentalmente no coincide en este caso.